

debía ser juzgada por la Cámara imperial. Precisamente en tal decreto se apoyaban los católicos en la cuestión de los cuatro conventos.

Aunque por esta vez se cumplieran los deseos de la minoría, esto no prejuzgaba para todo lo demás la tradicional validez de los acuerdos de la mayoría, de suerte que, como decían los palatinos, cada príncipe y Estado protestantes «podía después fácilmente hacer votar por sus gentes estos acuerdos.»

Los protestantes rechazaron resueltamente estas proposiciones conciliadoras: «Si no se quería llegar á un arreglo mejor—declaraban los brandeburgueses,—era innecesario permanecer allí por más tiempo y gastar el dinero inútilmente.»

En cambio los electores eclesiásticos las aceptaron en seguida, y si algunos de los miembros católicos más exaltados de la dieta, como Baviera y Salzburgo, no las admitieron sin antes meditarlo mucho, debióse á que aun les parecían demasiado importantes las concesiones hechas á los protestantes.

Por tercera vez, por consiguiente, corría la dieta peligro de disolverse, y como siempre los sajones, con su desdichado afán de avenencia y sus excitaciones á obedecer al emperador, fueron los que evitaron que á tal extremo se llegara. El documento de interposición desvaneció por completo la desconfianza que hacía la política imperial sentía el elector Cristian, quien prometió su auxilio á Rodolfo, cuando este le explicó sus apuros y le pidió ayuda, y ordenó á sus embajadores que aprobaran el documento de interposición; pero estos, penetrados de la necesidad de mantener la cohesión de todos los protestantes, procuraron eludir tan funesto mandato hasta que en 10 (20) de marzo recibieron de su señor electoral la orden terminante de romper todo trato con los palatinos y con los partidarios de estos.

Pocos días después ó sea el día 13 (23) de abril, Fernando presentó á los Estados, por orden del emperador, una nueva proposición en la que este prometía, conforme á sus deseos, firmar lo más pronto posible la paz con Turquía y con Hungría, solicitando en cambio la concesión «de un auxilio abundante.» Esta proposición, que no decía una palabra acerca de las exigencias de los protestantes, parecía un cebo para aquellos protestantes que solían ajustar su conducta á la de los sajones, á fin de que imitaran el ejemplo de estos.

La situación no podía ser más grave, pues la dieta hallábase dividida en dos bandos, el protestante y el católico, y estaba expuesta á terminar sin resultado alguno si uno y otro mantenían su intransigencia é insistían en hacer prevalecer su voluntad. Pero en aquel momento supremo la vacilación de Sajonia puso en peligro la unidad del partido protestante, haciendo con ello probable la derrota de este.

A fin de evitar esta «pública división» del propio partido,

los plenipotenciarios protestantes acordaron realizar el acto con que cinco años antes habían amenazado, y al efecto, el día 17 (27) de abril entregaron al archiduque la declaración común en que consignaban que en vista de que la nueva proposición no resolvía las dificultades, y de que los debates sobre ella no darían resultado alguno, no querían seguir tomando parte en la dieta y se volvían á sus países para no perder más tiempo ni más dinero, añadiendo que la culpa de esa resolución la tenía «únicamente la otra parte, que había empezado la lucha y osado imponerse,» no ellos, que estaban animados de sentimientos tan pacíficos.

Firmaban aquella declaración el Palatinado electoral y el electorado de Brandeburgo, el palatinado de Dos Puentes, el palatinado de Veldenz, Ansbach, Culmbach, Brunswick-Wolfenbüttel, Hesse-Cassel, Baden, Anhalt y los condes de Wetteravia. El electorado de Sajonia, Neuburg, Pomerania, Luneburg, Hesse-Darmstadt y los Ernestinos negáronse á firmarla, aunque declarando que con ello «no entendían separarse de la alianza con los protestantes.»

Inútiles fueron las gestiones de Fernando para contener á los firmantes hasta que llegara la contestación de Praga. El día 19 (29) de abril marcháronse los palatinos y los brandeburgueses, estos últimos sin despedirse siquiera de Fernando (*insalutato hospite*) y sin dejar un solo céntimo. Los demás partieron en los siguientes días, y aun algunos de los que no habían firmado emprendieron también el viaje de regreso á sus casas.

En vano exigió Fernando de los que se quedaron que ellos solos otorgaran un subsidio al emperador, y en vista de que sus instancias eran desatendidas, también se marchó.

El día 27 de abril (7 de mayo) los asesores manifestaron á los embajadores, que aun no habían salido de Ratisbona, que el emperador ordenaba el aplazamiento de la dieta, y al propio tiempo suplicáronles, en nombre del soberano, que «como anticipo por los subsidios de la futura guerra turca» le concedieran veinticinco *meses romanos*. ¡A tal pequeñez quedó reducida la inaudita petición en un principio formulada! Los sajones y los protestantes que aun se encontraban en Ratisbona negáronse á discutir esa proposición, y los Estados católicos solo la aceptaron *ad referendum*.

Así terminó aquella dieta, que no acabó la tarea para que había sido convocada y que se disolvió desgarrada como la nación cuya unidad debía representar. Disuelta aquella asamblea llamada á ser el centro de gravedad de todo poder político, no existía ya lazo alguno que mantuviera á aquella nación unida. Tampoco era posible mantener la paz religiosa, causa de tan funesto rompimiento.

«Todo empuja hácia la guerra. ¡Dios se apiade de nosotros y del bienestar general!»

Así escribían desde Ratisbona en aquellos tristes días.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE ⁽¹⁾

HISTORIA DE LA GUERRA DE TREINTA AÑOS

POR EL

DOCTOR JORGE WINTER

ARCHIVERO REAL DE MAGDEBURGO

LIBRO PRIMERO

RUINA DE LA CONSTITUCION DEL IMPERIO. — ORGANIZACION DE PARTIDOS OPUESTOS. — UNION Y LIGA

OJEADA GENERAL

Las grandes ideas nuevas que contribuyen al progreso humano no se abren paso en la vida histórica de los pueblos sin antes tener que luchar con enérgicas resistencias. Después que su vitalidad y su importancia propias les han conquistado gran número de partidarios, opónese á ellas generalmente, con toda la energía que el apasionamiento y la desesperación le prestan, lo caduco, aquello que parece consagrado por tradición secular, para defender el derecho de su propia existencia en la lucha contra lo nuevo, contra lo que es esencialmente opuesto á su modo de ser. En esa lucha entre lo que ha sido y lo que será estriba principalmente el movimiento vivo que constituye el curso del desenvolvimiento histórico.

Tal había sucedido en el siglo XVI con la idea protestante, que no era esencialmente religiosa, sino también política. No fué Lutero quien la creó: lenta y gradualmente desarrollada en el siglo XV en contraposición al estado moral de la antigua Iglesia y á las universales pretensiones que formuló para mezclarse en la vida política de los pueblos, llevaba en su seno el germen de una nueva moderna evolución política y religiosa, independiente de la supremacía del romano Pontífice. El servicio que Lutero prestó á la humanidad, por muy trascendental y asombrosamente grande que fuera su eficacia, no fué el hecho de oponer, con pleno conocimiento é intención preconcebida, un sistema completamente nuevo al viejo sistema, sino el de haber sido el primero que expresó y condensó en un sistema hondamente meditado lo

(1) La obra que en un principio abarcaba en una sola parte la época de la guerra de Treinta años, al llegar aquí ha sido considerada por el editor alemán como dividida en dos partes, una, la escrita por Gustavo Droysen, que trata de los preliminares de aquella guerra, ó sea de la historia de la contrarreforma, y otra, la que ahora empezamos, escrita por el doctor Jorge Winter, que comprende la historia de la guerra de Treinta años propiamente dicha. (N. del T.)

que cien mil, antes y al mismo tiempo que él, habían sentido y pensado confusamente. Y este es precisamente el secreto del éxito colosal que consiguió. La gran masa del pueblo que había sufrido los abusos y vejaciones financieras de la Iglesia mundanizada, y que suspiraba por ver la vida política individual de los pueblos libre de la soberanía pontificia, comprendió que el intrépido monje de Wittemberg que con valor indomable y firme convicción osaba alzarse contra la omnipotente jerarquía eclesiástica, era el adalid que lograría aquello que hacía tantos años se ansiaba y por cuya conquista se venía luchando tanto tiempo hacia. El movimiento espiritual por él promovido rugió como un huracán en todas partes y con titánica fuerza conmovió los cimientos del frágil edificio que la teocracia había levantado para dominar al mundo. Era aquella la primera vez que el individualismo de los pueblos y de los individuos se rebelaba contra la tutela en que la teocracia de la Edad media, rebasando los límites que sus propios originarios fines le trazaran, había logrado mantener á los individuos y á los pueblos. Y como el nuevo movimiento no solo destruyó el intraspasable dique que entre el individuo y su Dios había alzado la antigua Iglesia, sino que también imprimió una nueva fase á la solución del problema relativo á los límites que deben existir entre la Iglesia y el Estado, problema desde entonces siempre discutido, de aquí que desde los primeros momentos revistiera un carácter profundamente religioso á la par que político y nacional. En este último concepto resucitó las antiguas luchas que durante el reinado del emperador Luis de Baviera habían estallado entre el Pontificado y el poder civil. Por vez primera, desde hacía mucho tiempo, el pueblo alemán dividido, desgarrado políticamente, apareció unido en un gran movimiento espiritual, é indudablemente habría sido un hecho de inmensa trascendencia para el desenvolvimiento de la historia de Alemania que el poder central, comprendiendo la magnitud de aquella ocasión, se hubiese puesto á su frente, pues con

ello no solo habríase salvado la unidad religiosa, sino que también la vida política habría recibido un nuevo impulso en el sentido de la unidad y de la fuerza nacionales, impulso cuyas consecuencias hubieran sido de sin igual importancia. Fué para el pueblo alemán una gran desgracia, cuyos efectos todavía siente, que así no sucediera, que el espléndido florecimiento de la vida espiritual de la nación se viera



ALESSANDRO FARNESE.

El duque Alejandro de Parma
Facsimile del grabado, 1591, de Juan Wierix (nacido en 1550)

detenido en su ulterior desarrollo y tronchado precisamente por quien, como poder civil supremo, tenía en sus manos la suerte de Alemania. Es indudable que el pueblo alemán hubiera abrazado como un solo hombre la idea reformadora, como aconteció después en los reinos alemanes del Norte, si Carlos V, aquel extranjero elevado al trono imperial que no tenía el menor conocimiento de los latidos del pueblo germano, no hubiese consagrado todas las fuerzas de que disponía a la obra de matar en flor la «reforma religiosa.» Si cabe hacer responsable a una sola persona del funesto cisma que aun hoy existe, del ruinoso dualismo y de las discordias políticas cada día más graves que dividen al pueblo alemán, esa persona es indiscutiblemente Carlos V: sin este Alemania habría llegado a ser un pueblo unido dentro de un evangelio reformado.

Durante algún tiempo pudo creerse que, a pesar de todos

los medios con que contaba el emperador aliado con el Pontificado para vencer a la herejía, el protestantismo llegaría a prevalecer y aun a dominar en absoluto en Alemania, pues parecía que se iba abriendo paso con fuerza irresistible, y una prueba poco sospechosa de ello nos ofrece el nuncio pontificio Alejandro escribiendo a Roma desde Worms, a cuya dieta asistía, que de diez alemanes nueve eran luteranos y el décimo cuando menos antipapista. Cierta que luego la guerra de los aldeanos con sus terribles consecuencias trajo un retroceso en los progresos de la idea protestante; pero este accidente fué pasajero y la nueva doctrina, ya de una vez cimentada sobre sólidas bases en la confesión de Augsburgo (1530), fué propagándose incesantemente y comenzó a extenderse en aquellas mismas esferas espirituales que por sus vitales intereses estaban íntimamente ligadas a la vieja Iglesia y alcanzó en poco tiempo indiscutible predominio en aquellos territorios en donde ninguna coacción se opuso a su desenvolvimiento.

Pero la resistencia que el antiguo poder central del Imperio opuso a la nueva doctrina fué de funesta importancia para esta en una cosa, aun allí donde no consiguió atajar sus progresos. El movimiento, propio cual ningún otro de cuantos lo habían precedido para convertirse en nacional y para dar a la nación dividida un centro de unión, fué puramente particular; rechazado por el poder imperial, hubo de buscar refugio y salvación cerca de los poderes territoriales laicos, que en su inmensa mayoría abrazaron la nueva idea consiguiendo con ello ver extraordinariamente robustecido su poder político. Para ello influyeron en el ánimo de estos príncipes, además de las sinceras simpatías que la nueva doctrina les inspiraba, el vehemente deseo de utilizar ese nuevo factor de la vida nacional para fortalecer su autonomía política frente del poder imperial hostil al protestantismo. En vez de la Iglesia nacional alemana reformada e independiente creada por iniciativa de Roma, como en un principio se había creído posible, surgieron las iglesias provinciales territoriales, y en vez de robustecer la unidad nacional, el protestantismo, a pesar de haber conmovido al pueblo alemán en lo más hondo de su ser y de haberse con él identificado, solo sirvió para vigorizar la autonomía territorial porque solo en esta pudo encontrar su salvación. La lucha religiosa convirtióse en seguida en política, y la idea protestante, que en su esencia era eminentemente nacional y alemana, hubo de combatir contra el poder central del Imperio aliada con los poderes particulares. En este sensible enlace está la clave de todo el ulterior desenvolvimiento de la historia nacional alemana que no pudo lograr la creación de una unidad política hasta que la idea nacional protestante fué de hecho la base sobre que se asentó el renacimiento del Estado. Por lo que toca a los primeros momentos de esa lucha entablada con el fin de obtener el reconocimiento legal de la existencia que el poder central se negaba obstinadamente a reconocer, es innegable que el protestantismo fué el que primeramente debilitó y luego destruyó los últimos restos de la unidad de la institución constitucional para levantar un edificio nuevo sobre las ruinas del viejo.

En el transcurso de esta gigantesca lucha que, unas veces con las armas espirituales, otras con el fuego y con la espada, asoló a Alemania por espacio de siglo y medio e infligió al pueblo millares de heridas, hubo un momento en que pareció lograda la misión que como objetivo principal de su vida se impusiera Carlos V con inquebrantable firmeza, es decir, la destrucción de la herejía y el restablecimiento de la Iglesia una y única salvadora. Cuando después de la guerra de Esmalalda y de la capitulación de Wittemberg (1547) los principales caudillos del protestantismo en Alemania, el duque

de Sajonia y el landgrave de Hesse, fueron vencidos y hechos prisioneros por el emperador, los católicos creyeron que habían triunfado del molesto cuanto peligroso enemigo y aniquilado por completo el protestantismo. Pero muy pronto vióse nuevamente que las ideas grandes y llenas de vida no pueden ser vencidas por la fuerza de las armas cuando se han posesionado de las conciencias de un número de hombres considerable. Si en Francia, en donde el protestantismo no había penetrado con tanta fuerza, ni con mucho, como en Alemania en el espíritu de las masas, los hugonotes, después de cada nueva medida opresora y de cada derrota aparentemente desastrosa, cobraban nueva vida y gana-

ban más terreno, con mayor escala sucedía esto en Alemania. Y si por un lado la heroica resistencia que una sola ciudad, Magdeburgo, opuso a las disposiciones restauradoras del emperador demuestra qué suma de energías llevaba en su seno la nueva doctrina, por otro la gran conjuración de príncipes protestantes del año 1552, dirigida por el elector Mauricio de Sajonia, anuló por completo todos los triunfos a tanta costa conseguidos en la guerra de Esmalalda. Carlos V en el ocaso de su vida, por entero consagrada al servicio de la antigua Iglesia, se encontraba casi en la misma situación que en los comienzos de su reinado: había logrado contener, pero no impedir el progreso de la reforma religiosa;



Los guardias del emperador Rodolfo II.

Doce grabados, 1587, de Jacobo de Gheyn (1565-1615), según Enrique Goltzius (1558-1617)

había conseguido detener, pero no malograr el espléndido florecimiento de la vida espiritual de la nación. La obra de su vida había sido inútil, y antes de su muerte hubo de ver como la despreciada herejía obtenía la base legítima de una ulterior existencia. Aquel emperador nunca pudo resolverse a reconocer legalmente el protestantismo, al cual de todo corazón odiaba, y dejó a su hermano menor Fernando que concertara el ya inevitable arreglo entre la antigua y la nueva Iglesia, que entonces comenzó a tener vida legal (1555), retirándose él a un monasterio, aunque resignado, convencido de que había fracasado la misión de su vida, el fin que había perseguido con fervoroso entusiasmo y a cuyo logro había dedicado todos los recursos de que disponía. Allí, en aquel convento, murió lejos de los negocios del gobierno político y religioso a los que no había podido imprimir la dirección deseada.

Una cosa, sin embargo, había conseguido en aquella lucha colosal que empeñara contra el protestantismo: no pudo, es cierto, destruir la nueva doctrina, pero en cambio evitó la ruina de la antigua Iglesia en Alemania que, de otro modo, habría sido imposible contener. Gracias a ella había esta conservado un resto de sus dominios y sobre todo había ganado tiempo para pensar en su situación y organizar sus

fuerzas para la resistencia. Robustecida por la Compañía de Jesús y por las decisiones del concilio de Trento, la cuestión para ella era utilizar los elementos de poder que le quedaban no solo para conservar lo que había podido salvar, sino para reconquistar, por lo menos en parte, el terreno perdido. Y así fué en efecto. Cuando poco después de mediado el siglo reanudóse la lucha con las fuerzas nuevamente reunidas de los más poderosos príncipes laicos alemanes, solo dos, Austria y Baviera, se mantenían fieles a Roma; todos los demás o se habían declarado protestantes o sentían grandes simpatías por la doctrina nueva, y aun en aquellos dos Estados una buena parte de la población era protestante y había logrado, merced a violentas contiendas intestinas, cierta tolerancia religiosa. En los mismos principados eclesiásticos que permanecían adictos a la antigua Iglesia (que en su mayoría eran los del Oeste y los del Sur de Alemania, pues los del Norte habían ido en gran parte a parar a manos de los protestantes antes ya de la paz religiosa de Augsburgo) no solo se notaba cierta agitación entre las masas del pueblo, sino que también había electores y príncipes eclesiásticos que, a pesar de la reserva contenida en la paz de Augsburgo, habían abrazado el protestantismo si hubiesen podido hacerlo sin menoscabo de su situación como príncipes del Imperio. No

se olvidaba la tentativa en este sentido hecha en Colonia por Herman de Wied y que quiso repetir Gebhardo Truchsess, y cada día parecía mas posible la conquista de toda Alemania por la nueva doctrina.

Esto sentado, ¿cómo pudo la antigua Iglesia con los escasos elementos de que disponía, no solo mantenerse incólume, sino además arrojar, durante la segunda mitad del siglo XVI, al protestantismo de una porción de territorios que parecían casi indiscutiblemente suyos? El poder imperial de los sucesores de Carlos V, que siguieron una política mas conciliadora que este, no hubiera bastado ciertamente por sí solo para contener los progresos de la reforma: el hecho de que esto pudiera conseguirse fué debido al encadenamiento de las mas diversas concausas, habiendo contribuido á este resultado el renacimiento del espíritu católico y el innegable mejoramiento del estado moral del clero tanto como la infatigable propaganda de la orden de los jesuitas. Todas estas circunstancias contribuyeron inmediatamente á que el protestantismo no progresara, en los territorios dominados por príncipes católicos, tan rápidamente como hasta entonces. Pero si el catolicismo no se detuvo aquí, sino que á su vez tomó la ofensiva, culpa fué en primer término de la desunión de los protestantes, nacida del odio apasionado con que se trataban luteranos y calvinistas, y la vaguedad y dudosa validez de una porción de artículos fundamentales de la paz de Augsburgo. A esto agregóse que los institutos de la constitución imperial, á consecuencia de esas mismas vaguedades y de la ficción en virtud de la cual debía conservarse el carácter católico del poder central y de las demás principales instituciones constitucionales, condujeron al absurdo de imponer de derecho á una mayoría protestante la preponderancia de una minoría católica. Porque en Alemania se daba el caso de que siendo, por la mayoría de su población, un país protestante, en la dieta, es decir en la institución que significaba la representación legítima de los distintos Estados del Imperio, imperaban casi exclusivamente los católicos. En el consejo de electores había tres laicos protestantes y tres eclesiásticos católicos, de suerte que este consejo sobre el cual descansaba en primer término la importancia de la representación de los Estados, cada vez que surgía una cuestión respecto de la cual no podían entenderse católicos y protestantes, y esto sucedía en todas las cuestiones fundamentales político-religiosas, de antemano estaba condenado á la inacción. Únicamente se llegaba á una resolución real y positiva cuando, como con harta frecuencia acontecía, el elector de Sajonia se separaba de sus correligionarios y se unía á los electores católicos. En el consejo de príncipes los católicos estaban en gran mayoría, merced al sinnúmero de pequeños principados eclesiásticos en él representados, y vencían en todas las votaciones, aun en aquellos casos en que todos los príncipes laicos, en su mayor parte protestantes, votaban unidos. Los católicos pudieron explotar tanto mas á su antojo esas circunstancias favorables, cuanto que casi en ninguna cuestión opinaban unánimes los protestantes, los cuales, por el contrario, estaban divididos en dos campos, durante mucho tiempo enemigos, gracias al funesto antagonismo entre luteranos y calvinistas. Las ciudades en donde indudablemente predominaba el protestantismo tenían voto en la representación de los Estados, pero ni su derecho había sido nunca determinado de una manera indiscutible, ni aunque lo hubiese sido su voto habría podido ser decisivo. De manera que, á pesar de ser protestante la mayoría de la población del Imperio, en su representación oficial preponderaba el catolicismo. Lo propio sucedía en las grandes instituciones jurídicas que resolvían las cuestiones de derecho que surgían entre católicos y protestantes.

Este estado de cosas debía llegar á ser con el tiempo insostenible, y lo fué, en efecto, cuando los protestantes uno despues de otro declararon que no consideraban obligatorios para ellos los acuerdos que adoptaran las mayorías en la dieta, en el Consejo áulico y en la Cámara de justicia del Imperio. Ciertamente con esto quedó roto el último lazo comun existente entre los que estaban sujetos á la constitución imperial, pero el protestantismo no tenía otro medio de defender contra tales atropellos y salvar los supremos intereses de su vida. La dispersión de la dieta de 1608, producida por la minoría protestante, fué solo la última manifestación de una larga serie evolutiva que era resultado necesario del absurdo de querer conservar invariable la antigua institución imperial cuando las circunstancias habían cambiado fundamentalmente. Las instituciones unitarias se desmoronaron y la vida política se refugió cada vez mas exclusivamente en los distintos Estados territoriales que, segun era la religión profesada por sus respectivos soberanos, aparecían divididos y separados y se mostraban cada día mas hostiles unos á otros. La paz religiosa de Augsburgo no había conseguido atajar este movimiento, antes al contrario ella le dió vida y lo hizo necesario desde el momento en que con sus ambiguas cláusulas eternizó la lucha entre los partidos, cuyo apaciguamiento era imposible mientras subsistiera una institución constitucional que pertenecía á una época anticuada.

Así fué que mientras el poder político de los territorios conquistó cada día mayor independencia y se aproximó cada vez mas á la meta de una plena soberanía, el Estado germánico vió debilitarse sus mas importantes manifestaciones vitales hasta llegar á la impotencia casi completa desde el punto de vista internacional, precisamente cuando los Estados vecinos del Imperio se robustecían interiormente, cuando España empezaba á ser potencia de primer orden y cuando Francia, despues de largas y terribles luchas civiles, fundaba bajo el cetro de Enrique IV un poder monárquico fuerte y rígidamente organizado. Mientras el gran Imperio germánico sufría casi indefenso los continuados ataques de los turcos y tenía que comprar con tributos cada vez mas crecidos la tranquilidad de continuo amenazada por nuevas incursiones, y mientras se veía obligado á renunciar á toda intervención en la cuestión que entonces iba á resolverse y en la que iba envuelta la suerte de una gran parte de las provincias alemanas del Báltico, la política grande, egoísta y fanática, pero rigurosamente lógica de Felipe II alcanzaba victoria sobre victoria, y España, á pesar de las largas y reñidas luchas que había de sostener con las provincias de los Países Bajos, que heroicamente combatían por su independencia política y religiosa, había logrado, desde hacia muchas décadas, ocupar en Europa una situación tan dominante que parecía haberle sido dado al hijo conseguir lo que en vano se propusiera su padre, es decir, la fundación de una supremacía católico-papista políticamente organizada enfrente de las divididas potencias protestantes y hasta la sumisión casi completa del protestantismo. Todos los hilos de la política católico-papista juntábanse en el gabinete de Madrid; la mano poderosa del monarca español intervenía en todos los conflictos europeos, en los desórdenes interiores de Francia é Inglaterra, como en las contiendas de las potencias del Norte por las provincias del Báltico, y en todas partes prestaba con la mayor consecuencia su ayuda á las potencias católicas contra las protestantes. En los años del conflicto de la corona francesa con los Guisais y con la Liga y especialmente en el momento en que se hacia cada vez mas posible la subida al trono, por derecho de herencia, del rey protestante Enrique de Navarra, Felipe II llegó á pensar muy seriamente en unir á Francia con su reino universal español,

haciendo valer los derechos hereditarios de su hija Isabel á la corona francesa. Los Guisais, cegados por su política de partido y religiosa, llegaron á aceptar este pensamiento cuya realización hubiera sido la muerte de la independencia de su patria. En efecto, las tropas españolas, á las órdenes de Alejandro Farnesio, tomaron repetidas veces parte activísima en las luchas intestinas que en Francia estallaron. En aquella época, allá por el año 1590, el poder efectivo de Felipe II era indudablemente mucho mayor que el de que dispusiera su padre en los tiempos de su apogeo: en España su soberanía no era por nadie discutida; en los Países Bajos, aunque las provincias septentrionales habíanse proclamado

independientes, distaban mucho de haber conseguido en absoluto esa independencia, antes bien el mismo Alejandro de Parma, que apoyó al partido católico extremo francés contra su rey protestante, avanzaba constantemente despues de varias afortunadas empresas guerreras y no solo había encadenado á España mas fuertemente de lo que antes estaban las provincias del Sur, sino que parecía en vías de conseguir de nuevo la sumisión de las del Norte. En Francia era de hecho decisiva la influencia de la política española, mientras Enrique de Navarra se afanaba inútilmente durante algunos años por conseguir que se le reconociera como rey en virtud del derecho de sucesión que le asistía. En Alemania su in-



Los guardias del emperador Rodolfo II. (Continuacion)

flujo siempre creciente cerca de los príncipes católicos estaba por encima del del emperador cada día mas débil. En Italia no solo conservaba sus antiguos dominios, sino que, además, veía resultantemente apoyadas sus tendencias por algunos principados y muy especialmente por el duque Carlos Manuel de Saboya; y respecto de la política pontificia la influencia que sobre ella ejercía, no por ser á menudo molesta para la Santa Sede, era menos enérgica. En las luchas del Báltico no solo había conseguido excluir del comercio en aquellas aguas á los holandeses, sino que también apoyaba en las contiendas polaco-suecas á la Polonia católica contra la protestante Suecia. España, en suma, era indiscutiblemente la primera potencia universal de Europa.

¿Cómo era posible que en todas partes no se aprestasen fuerzas para resistir á ese opresor predominio que amenazaba en su existencia no solo al protestantismo, sino á todos los demás Estados nacionales? Efectivamente estas fuerzas se habían ido ya preparando silenciosamente en el instante mismo en que España llegaba á la cumbre de su poderío exterior. Prescindiendo de la heroica lucha de los Países Bajos protestantes por su independencia política y religiosa, lucha que el omnipotente Felipe no pudo dominar, rebelóse contra la prepotencia española el imperio de las islas Britá-

nicas que tan hábilmente había organizado el prudente cuanto enérgico gobierno de Isabel y que tan impregnado estaba del espíritu protestante. El desastre acaecido en 1588 á la armada española aprestada para sojuzgar á Inglaterra fué el primer golpe que conmovió á aquella potencia universal que sobre todos ejercía su soberanía, y todos los círculos protestantes de Europa sintiéronse, despues de ella, como libres de una mortal pesadilla. A poco, despues de la muerte de Alejandro de Parma, comenzó á flaquear el esfuerzo de los españoles en los Países Bajos, y sobre todo, cuanto mas grande aparecía el poderío universal de España, con tanta mayor fuerza se agitaba en Francia, aun entre los católicos, la idea de la independencia nacional. Aquel partido que quiso excluir del trono á Enrique de Navarra, aun despues de haber abrazado el catolicismo, dejó de ser la tendencia general de la Francia católica, y Enrique IV, durante las luchas intestinas que hubo de sostener por la conquista de la corona, no solo se vió apoyado por los hugonotes franceses y los protestantes alemanes, sino que también comenzó á ver agregarse á su bando á la nobleza nacional adicta al catolicismo, logrando una serie de victorias que por algun tiempo le hicieron creer que podría sentarse en el trono como príncipe protestante. Poco despues de su conversión, que por razones